

El pasado y lo anterior¹

Pascal Quignard

Jonás, como deseaba volver a Tarsis, toma una embarcación a Joppé. La embarcación encuentra la tempestad. La tripulación decide elegir un hombre al azar para ser arrojado al agua y así apaciguar el mar. Sin embargo, la suerte cae sobre Jonás. Los marineros lo toman de pies y de manos. Arrojan su cuerpo a las olas. Un pez inmenso lo engulle. Jonás, al instante de estar hundido en el abismo, exclama:

“Lo agudo rodea mi cabeza. Desciendo en las regiones de otro tiempo”.

Se desarrolla una especie de espacio imaginario.

Escribir de otro modo es pensar de otro modo.

Pensar de otro modo es vivir toda la experiencia de otro modo.

En 2001, en el valle de l'Yonne, o mejor dicho en ese de l'Armançon, llegando a Tonnerre, tuve el deseo de llevar a cabo un *decir falso profundo*. A diferencia del grupo, es necesario oponer ese deseo de decir falso, profundamente falso, a la obligación de un decir verdadero, de alma a alma, que caracteriza al cristianismo (el reconocimiento de los pecados en confesión) y al psicoanálisis que le ha seguido (el decir todo eso que pasa por el espíritu). Deseaba encontrar un medio de disminuir la obediencia a un género, pero sobre todo a una dirección (a una dirección de pensamiento, a una dirección de conciencia). Anhelaba reconocer la sumisión en las voces de la comunidad familiar, luego lingüística, luego social. Para los hablantes en los confesionarios, en los interrogatorios, en los consultorios de los analistas, en los tribunales, en las comisarías, subsiste la obligación de la confesión. Buscar su “verdad íntima”, lo que se es, su identidad sexual, social, su género, su rol, eso es obedecer.

¹ Texto publicado en AA. VV. *Donner à penser*. Centre Roland-Barthes. Institut de la Pensée Contemporaine. Éditions du Seuil, Paris, 2005.

Hay un más allá de la verdad.

No hay más que lo lingüístico (que lo doméstico) que deja huella en el lenguaje que adquirimos hacia los veinte meses. Hay algo indomesticable que llamo lo anterior y que opongo al pasado como la lava eruptiva se opone y desbasta la corteza sólida y mucho más reciente de las viejas explosiones sedimentadas. Según los antiguos japoneses el origen se capitaliza. Los primeros antiguos son menos antiguos, menos cargados de lo anterior que los más recientes, ellos son cada vez más eruditos, cada vez más conocedores, cada vez más concentrados, cada vez más ebrios. En 1340, el Abad Kenkó escribió en su diario: “No es el ocaso de la primavera lo que anuncia el verano sino algo más fuerte que el declinar”. Hay algo indeclinable. Hay un empujón que no conoce tregua. Las cosas que comienzan *no tienen fin*.

El antiguo pensamiento japonés es lo contrario del budismo indio. No es la nada lo que hace al fondo del universo, sino la vida nueva que regresa sin cesar, “otra vez”, a la superficie de la tierra y al espacio intermediario que está situado entre el sol y los animales. Cada brote de lilas condensa todas las lilas anteriores. Cada hoja, cada borrasca, cada lluvia, cada tifón renuevan todo. Tempestad que en efecto expresa el mejor nacimiento sin salir del tiempo. *Tempestas* que manifiesta la fuerza que yace en el corazón del *tempus* y que se despliega totalmente en ráfagas aterradoras en la noche acrónica biológicamente desencadenada. “Lo anterior” es la cadena desencadenada. La flor sigue al sol. Soy una tradición desencadenada. El *big bang* explota *actualmente*. Es en ese momento que el corazón de la tierra, bajo nuestros pies, brota. El tiempo define la ausencia de fin que está en el origen. Puro emerger. Emerger inacabable.

Vivimos en el período interglaciar del pleistoceno y que a veces nosotros llamamos actualidad. Es necesario recordar que los dinosaurios no surgieron hasta en 1841. Aparecen setecientas especies de todos los tamaños —que llamamos con el nombre tan curioso de “lagartos horriblos”— dispuestas en la corteza terrestre; se abre el Atlántico, se elevan los

Alpes. Artemidor el Gramático, al ver los cocodrilos, fue afectado de tal manera que perdió el lenguaje. Es Caelius Aurelianus el que cuenta esta escena. Llegaron de Cártago a Egipto. El retorno que brota de lo anterior puede tornarse corto para aquel que ignora lo que está en la memoria. Artemidor suspira, suspira. No podrá jamás hablar del instante en el que ha visto dos cocodrilos que lo miraban desde la orilla, en las matas de papiro. Bestias más antiguas que las fieras y que todos los pájaros, que no son más que pequeños dinosaurios recientes.

“Érase una vez...” El inicio impersonal de los mitos nombra la imagen onírica involuntaria que alucina lo perdido, y que precede a la especie humana y a la invención de las lenguas naturales. Los animales homeotérmicos poseen una vista para eso que no se ve. Todo rayo revela el nacimiento que inventa de ese modo la vida tan extraña que nos conduce al momento previo de nuestro nacimiento y que se ha perdido. El rayo en la naturaleza remite a la memoria de la fulguración de la luz en el seno del nacimiento, fulguración que rememora de ese modo, como su trasfondo, la noche que precede, ignorante todavía de su penumbra. Podemos definir “lo anterior” como el rayo. En el eros no hay pasado. Es lo anterior viviente. “Lo anterior” es la desnudez genital en el origen de cada uno, invisible a cada uno. ¿A dónde van juntos los amantes? ¿A qué región se han ido para volverse tan silenciosos, sin imagen, ruborizados si se les pide que evoquen ese viaje, llorosos a veces?

Los amantes retornan a su concepción.

En cada uno de nosotros está la huella fósil. El cuerpo es una extraña alegría fósil titubeante, errante en la atmósfera. El cerebro, desde el instante en que funciona, pone en marcha al aoristo tripartito de su evolución. Nuestros genes conservan la memoria de lo anterior. La composición química de cada una de nuestras células es una parte del océano primitivo. El medio del que hemos salido habla en cada uno de nosotros. En japonés encontramos que el otro lado de la pared se dice *muko*. En otro tiempo, la palabra era *mukashi*. El otro lado de la pared de la gruta y lo anterior son lo mismo. Siempre la fuente de lo Anterior y la cima instantánea de la ola contemporánea se abrazan como las dos caras de una superficie. El niño es un ancestro que ha entrado en la casa y que emite signos de semejanza

que conmueven. Recientes y vetustos, los bebés no son exactamente nuevos. Extrañas bestias tan arcaicas a los que se les rodea de cuidado pues no sabrían por sí mismos sobrevivir tres días en caso de que se los deje solos. No somos nunca la fuente. Una imagen nos falta, la que nos precede y nos confía a su búsqueda. La belleza precede al hombre y trae con ella un retraso inaprehensible. Tengo la hipótesis de que la voluptuosidad es al placer eso que lo anterior es al pasado. La puerta para entrar en el mundo no es el nacimiento. No es el frío ni el aire ni la luz. Ni el cuerpo distinto, sexuado, abandonado, que suspira, que expulsa, que falta, que habla. Ni el hambre, ni la carencia, ni la necesidad, ni el grupo, ni la lengua natural, ni la conciencia que hace resonar en eco la voz de la familia. La puerta es nuestra concepción —y estamos solos, sin sociedad, pegados a la pared uterina. La génesis tuvo lugar en un mundo interno ligado al goce sexual, animal, aorístico, inorientado, ante-mórfico. Tal es el primer mundo atribuido a los mortales. Es necesario distinguir lo anterior de lo reciente, del principio, del comienzo, del origen, del nacimiento.

El principio es el coito.

Lo que precede al principio, es lo anterior.

El comienzo es la concepción. La génesis reenvía el desarrollo del cuerpo huésped viviente al de la madre huésped.

La voluptuosidad es más originaria que lo natal.

El conjunto de los tiempos no tiene orientación. No hay sentido en la sucesión de las formas que retorna sin cesar a su posibilidad. No hay dirección en su contagio. Nada más movedizo que el pasado, el presente no cesa de reordenar eso que lo alimenta. En realidad, eso es apenas la conservación, la reacción, el mantenimiento que reordena; es el pasado que se extiende, congela los vestigios, inmoviliza las edades, agotador en el incesante enfriamiento de la lava que la explosión derrama por sacudidas imprevisibles en el universo externo. Sólo lo anterior demuele el pasado y devuelve su materia a la liquidez originaria. Reenvía al tiempo nutricional, referente, cálido, pulsional, sexual, substancial, continuo, sin identidad, abortivo, alejado de toda comunidad y de toda luz. Una parte de la frustración fetal, en estado irreductible, vaga en nosotros. Un resto de la arrogancia de las fieras llama —al igual que en el alma infectada del len-

guaje del grupo— a la presencia oscura que la precede. A partir de lo anterior el origen se hace avalancha. El origen acrecienta su volumen y su masa sin cesar en su llegada a nosotros. Nos engulle, unos después de otros, sin que él termine de ganar terreno. Los seres vivos son colmados de seres muchos más antiguos de lo que nosotros mismos creemos de nosotros mismos, que devoran todo aquello que llevamos a su boca y derramamos en sus ojos. Eso no se puede apreciar entrando en los museos.

Es necesario oponer el goce a la felicidad. La felicidad del pasado se constituye en la edad, a medida que se repiten los placeres. Es la lista encantada de los platos preferidos. Es la lista perversa de las situaciones maléficas y de las conductas pacientemente adquiridas. Atenciones y delicadezas, tan obsesivas y tan domesticadas que devienen largas sonatas de costumbres. El pasado insiste en viejas secuencias de alegrías cercanas a sus fetiches. Si se concede esa felicidad a la reiteración de los actos del pasado, resulta que es necesario oponer, entonces, la felicidad del pasado al goce. Es necesario oponer la repetición al surgimiento. Hay una felicidad propia a lo anterior que lo caracteriza: es el goce que no se puede retener. Felicidad tan temporal que no puede ser guardada, sincronía que se pierde. Alegrías imprevisibles. Atrevimientos inexcusables. Descaros sin pasado ni hábito. Días donde reaflore la curiosidad prelingüística. Días de fiesta. Días donde se festeja el aniversario de una vitalidad más inorientada que anterior, más natural que humana.

Spinoza ha escrito mucho sobre Voorburg. Somos comprendidos en la felicidad. Nuestra vida consume algo de otro tiempo que era goce. Todos nos hemos unido en nuestro origen en una explosión de beatitud viviente.

Sideración de lo anterior. Los *sidera* son las estrellas que brillan en la noche.

Los que están “en la luna” son aquellos que no han abandonado enteramente el primer mundo. Son aquellos que no han renunciado a la preeminencia del adentro asocial en ellos.

Lo “anterior” no representa ni al nombre de los seres ni al nombre de

los que han sido porque todavía no deja de surgir. Lo anterior es un pozo más vasto que todo el pasado (hablo del pasado que ha sido un día actual). Así como la fuente de los cuerpos es una imagen que falta, hay un pasado que falta. El tiempo no es más que un recurso irrenovable: es la profusión irreversible. El puro anterior es anacronía pura (ya que la imagen de nuestra fuente está ausente). Si el sueño es eso que hace aparecer como estando ahí a los seres ausentes, o lejanos, o desaparecidos, o muertos, el “ahí” donde ellos habitan no es una dimensión espacial (para los vivos) ni temporal (para los muertos). El “está ahí en el sueño” reenvía a un “ahí” que precede, en los vivíparos, el ahí donde se proyecta el nacimiento atmosférico. El tiempo no trae el “ahí” que viene a romper. Hay un “anterior” distinto de la ontogénesis, distinto de la historia, distinto de la filogénesis, distinto de la evolución material.

Si lo nombro como lo anterior, es en virtud de distinguirlo bien de todo pasado.

A fines de septiembre de 1959, Pier Paolo Pasolini, al volante de su Millecento, llega a la playa de Caorle y advierte la belleza de las vaguedades de la pre-guerra. Habla de la belleza no nacional de las iglesias romanas. Describe la belleza sin origen de los habitantes de entonces, un poco griega sin embargo, dulce, melodiosa, próxima. Escribe: “Recuerdo a un muchacho, sentado sobre un viejo parapeto, al borde del mar, escuchando el viento. Él me hizo una señal con la mano. Me dijo:

-Eso, es el *burignolo*...

-¿De dónde viene el viento? le pregunté.

-Del inicio del mundo, me respondió”.

¿Dónde estaba situado el Edén? El paraíso terrenal es lo anterior hecho lugar. Es el espacio en tanto que preoriginal. Los Lugares Santos son las crisis de goce de la naturaleza. Lo anterior vaga sobre la tierra. Al final del imperio de los romanos, Emmaús se situaba a seiscientos quince estadios de Jerusalén, en Nicópolis. En la alta Edad Media, Emmaús se situaba a ciento veinte estadios de Jerusalén, en el recinto donde estuvieron hospede-

dados los flautistas del Templo, en Amwás. En el siglo XV, los hermanos franciscanos situaban Emmaús a sesenta estadios de Jerusalén, en el El-Ikbêbé. Por todas partes los peregrinos veían surgir a Dios. Ahí, ahí, ahí, ahí se manifestaba para desaparecer. Desaparecía en toda penumbra, en el interior de toda sala de albergue, delante de toda mesa que fuese puesta, delante de todo cántaro que fuese empleado para el vino.

Paradise Retrieved, Paradise Regained, tales fueron los títulos de los manuales de horticultura de la Inglaterra de fines del siglo XVII. Cultivar un pequeño jardín, desempedrando una parte de su centro, era o bien “reencontrar”, o bien “reconquistar” el Edén. Era, tras la belleza de la naturaleza, contemplar el rostro de su autor. Es por esto que los Cuáqueros llamaban “claustro” a sus pequeños jardines. Sólo los humanos que volvieron a ser “inocentes” merecían los jardines.

Keith Thomas cuenta que cuando la joven Elizabeth Walker estaba atormentada por pensamientos ateos, o simplemente escépticos, su padre le ofreció lirios.

A decir verdad, el lugar del paraíso no es externo. Lo apátrida es prenatal. Los nacidos acceden al soplo repentino de la nostalgia de un lugar interno inhallable. Ellos pueden *soñar* una autoctonía que no tiene existencia, pero no habrían nacido jamás *a partir de la tierra* sobre la que están caídos después de que han vivido, al abrigo de un vientre de piel, en la interioridad de una voz lejana incomprensible. La idea de patria es vana. Fuimos cazadores y errantes durante milenios antes de surcar el suelo como agricultores y de percibir al padre oculto por haberlo enterrado. He aquí una definición activa de lo anterior: todo bebé que nace ya ha emigrado. Lo aoristo derrota el pasado. La pérdida está allá, abrigada en la pequeña huella de lo perdido que se ajusta a su forma.

En la reapertura literaria 2002, tuve una alegría. En el *Cuaderno crítico de poesía* del Centro Internacional de Poesía de Marsella, fue publicada una nota dedicada a la amistad de Emanuel Hocquard: “La noción de lo *anterior*, escribía, radicalmente diferenciada de la de *pasado*, es una cuña clavada en nuestros hábitos gramaticales y de vida. Con el *aoristo*, el griego antiguo disponía de un tiempo pasado (que no existía en el latín, probablemente sin importancia ni consecuencias) que, contrariamente a

otros tiempos del pasado conjugado, marca un pasado indeterminado, sin fecha, ácrono, eruptivo. El inicio de los cuentos «Érase una vez» podría ser un ejemplo de esto en el francés. Eso ha tenido lugar *antes*, pero ese *antes* escapa a la articulación de los tiempos en la conjugación. Los historiadores construyen sus pueriles narraciones sobre el pasado gramaticalizado. A los niños (y a los idiotas) lo *anterior* no les causa ningún problema de orientación. En el libro de Pascal Quignard, los cuentos, las listas, los sueños, las anécdotas que resurgen incesantemente, desorientan tanto el relato que su lector se encuentra poco a poco incorporado no tanto a un *tiempo* sino a un *modo*. Pues es tal la invención de un nuevo modo que se podría tratar de la salida del indicativo y del subjuntivo. Evidentemente, hay ahí gramaticalmente «grandes perspectivas escondidas». En la gramática, siendo un *todo* consensuado, la irrupción de un modo de sección dentro del lenguaje no puede más que debilitar *todo* el edificio gramatical. El *futuro*, por ejemplo, se opone al *pasado*. Por esta razón «Sur le jadis» no puede ser una novela. No porque no se cuente una historia (cuenta miles), sino porque la casualidad (o el *futuro* en el *pasado*) que es la marca y el motor de la narración novelística, no tiene lugar ahí. Ese (vano) cálculo que hemos dado a llamar el futuro está ahí ausente”.

Llamo “lo anterior” a esto que brota aleatoriamente.

Llamo “el pasado” a la causa que alucina el efecto.

Eso que ha tenido en su poder no solamente el pasado sino más aún todas las posibilidades inefectivas de lo reciente, tal es Lo Anterior.

El telescopio Hale de 5,8 metros en el monte Palomar es menos poderoso que el pasado simple.

El color negro es más poderoso que el tiempo aoristo.

El “verdadero anterior” es lo desconocido en su fuente. La creatividad en estado bruto. La ocasión sin nada previo. La vez sin otra.

La vez sin otra vez, tal es lo anterior.

Lo Anterior cae de las nubes. Es el rayo mismo. Es la Hora de la estación. Es el tiempo a contratiempo, el tiempo –desde los astros– que se arranca del círculo que reina en los astros.

La naturaleza es una pata de lo anterior.

En todo rostro animal hay algo de edad. Algo que se reconoce sin reco-

nocerlo exactamente. Un aire de Lo Anterior.

Es necesario formular una hipótesis como la de Lo Anterior para asir la razón de las obras de Saint-Simon en Francia o de Cao Xueqin en China. Una caza de lo perdido que conmueve el fondo del hombre. Colección de un aoristo en la que se reencuentran las huellas, los pasados simples, los pluscuamperfectos, los imperfectos del subjuntivo, como así también las joyas sonoras, los tesoros de ocre rojo, los objetos funerarios, el *agalma*. Una especie de infierno que brota y destroza lo actual. Ríos del Aqueronte, debajo del mundo, por los que se accede a lo actual, permitiendo hacer vivir lo actual. El Edén reclama la puesta en relieve de la vida sobre el existir. Hay un Anterior de vida explosiva debajo del estado presente de cosas que es necesario alimentar cada día. Una fiera preexistente al hombre preexiste debajo del *statu quo ante* ontológico. En todos los surgimientos no reina más que un solo surgir. Poco a poco, en el curso de la experiencia, el pasado se opone a lo Anterior como lo olvidable a lo inolvidable.

Se cuenta que Bernardo, oriundo de la ciudad de Dijon, un día que viajaba por Suiza y se encontraba al sol en la rivera de un lago, fue arrebatado por una brutal emoción. Esto fue en el punto en el que debió fijar la visión de lo que tenía delante de los ojos y que le pareció de una belleza incontrolable. Entonces, arrebatado por completo, levanta las manos. Se tapa sus ojos. Avanza como Adán al salir del Edén, la mano sobre los párpados sellados, a viva marcha, con la ayuda de un servidor que tenía a sus espaldas. Pues ese placer del lugar se le había aparecido como un pecado. Fue en la tarde de ese día, en el refectorio, que San Bernardo dijo a los hermanos que lo rodeaban que iba a fundar Clairvaux: para no dejar caer la plegaria en esas tentaciones inefables que Dios había derramado sobre la tierra bajo la forma de la naturaleza. San Bernardo pensaba que en la naturaleza había un *anterior* rival de la eternidad. Los indios Sioux decían: “amamos esta tierra como el recién nacido ama los latidos del corazón de su madre”. Un hombre de mi familia, salido de los campos de concentración del siglo que precede, dijo: “La actividad de la memoria es una potencia viva”. El placer de la rememoración voluntaria, aun cuando la vejez lo entorpezca, es más grande que la angustia que deja. Los recuer-

dos de los hombres son más fuertes que sus horrores.

Traducción de:
Adriana Canseco
Soledad Croce
Natalia Lorio
Gabriela Milone